

El último recurso: las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis

Ponencia para LASA98, Chicago. Mesa: Trabajo, familia y comunidad

Lucía Bazán
CIESAS
septiembre de 1998.

Introducción.

En el pasado mes de julio, Esteban Moctezuma Barragán, Titular de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) del gobierno de Ernesto Zedillo y uno de los hombres de confianza del Presidente reconoció, ante la Cámara de Diputados del país, que en México hay 40 millones de personas que viven en condiciones de marginación urbana y rural, de los cuales 14 millones viven en pobreza extrema, y 26 en situaciones de empleos eventuales e ingresos inestables. (La Jornada, Nota de Víctor Ballinas y Alonso Urrutia, 17-07-98: 17).

El reconocimiento oficial de estas cifras plantea la necesidad de revisar las orientaciones de las políticas económicas adoptadas por el estado mexicano desde hace casi dos décadas, que arrojan diariamente a la pobreza a cientos de familias de trabajadores, a las que no ofrecen alternativas sólidas para superarla.

Hace ya dos años, la Dra. Margarita Estrada y yo escribimos un pequeño artículo titulado “Los errores de diciembre y los aciertos familiares”, que planteaba las estrategias de las familias

pobres mexicanas para afrontar la crisis provocada por las decisiones gubernamentales en materia económica conocidas como los errores de diciembre. En ese momento planteábamos que la organización y la cooperación familiar suplía de alguna manera las carencias que generaban los ingresos insuficientes y discontinuos de esas familias. La familia, pues, era considerada un recurso valioso para enfrentar situaciones difíciles, eventuales o permanentes.

La familia como recurso para superar crisis eventuales y localizadas ha sido siempre utilizada en México, en ambientes rurales y urbanos, en estratos de bajos ingresos pero también entre familias de clase media e incluso entre la gran burguesía.¹ Esta había sido una de las pautas más constantes de lo que podemos llamar cultura familiar solidaria de los mexicanos.

Sin embargo, el deterioro económico de las últimas dos décadas, la incapacidad de los sucesivos gobiernos de establecer bases sólidas para la recuperación económica, el elevado índice de desempleo,² generado por los procesos de reestructuración industrial y de apertura comercial al mercado internacional sin capacidad competitiva; la producción agrícola insuficiente y el deterioro constante del poder adquisitivo del salario (solamente en lo que va de la presente gestión presidencial -diciembre de 1994 a la fecha- ha perdido en promedio 26% y en algunas ciudades hasta el 30%. La jornada, 15-05-98), han generado una situación en la que por una parte los problemas económicos no son eventuales entre los sectores de trabajadores de la población y, por otra, cada vez son más generalizados los núcleos familiares que requieren apoyo del resto de sus consanguíneos de manera que ahora podemos hablar de que el recurso a la

¹ De ello hay documentación suficiente (Adler Lomnitz y Pérez Lizaur, Esteinou, Estrada, González de la Rocha, Lewis).

² “durante el periodo neoliberal (de 1982 a la fecha) el empleo ha venido creciendo en el orden de 430 mil ocupaciones por año. Si la cifra se compara con el millón 200 mil empleos que exige la no agravación del problema, se puede ver lo terrible de la situación” (Aragónés, Ana María, La Jornada, 14 de junio de 1998).

familia para afrontar la pobreza se está utilizando al máximo y no puede expandirse más. Y tal vez nos encontramos ante el último recurso.

Para ilustrar esta afirmación quiero traer a colación una situación particular generada en la Ciudad de México a partir del año de 1991 cuando el entonces Presidente de la República, Carlos Salinas, decretó el cierre de la refinería 18 de Marzo en la que trabajaban más de 5000 obreros, una mitad de los cuales logró la jubilación (no todos con el 100% de su salario nominal) y la otra mitad fue liquidada y recibió una cierta cantidad de dinero en relación, sobre todo, a la antigüedad que tenían de laborar en la empresa.

Antecedentes: la formación de la familia petrolera.

Estos cinco mil obreros compartían una característica muy particular que es parte de la tradición del gremio petrolero desde que el sindicato firmó el primer contrato colectivo de trabajo con Pemex, la empresa petrolera del país que nació con la nacionalización de la industria en 1938. Por contrato, los trabajadores tenían el derecho de heredar su plaza de trabajo a alguno de sus hijos cuando ellos morían o se retiraban, y también de sugerir el ingreso de otros familiares cuando había puestos vacantes en la empresa. De esta manera se habían conformado, a lo largo de más de medio siglo, familias enteras de trabajadores petroleros; dos y hasta tres generaciones en la misma empresa y diversos miembros de la misma familia consanguínea y afín que compartían el trabajo en Pemex y que se percibían como parte de una empresa en la que tendrían siempre un lugar de trabajo para ellos y para las generaciones venideras. Así, al cerrarse la refinería de Azcapotzalco, se cancelaron al mismo tiempo los ingresos de familias enteras y con ello, la posibilidad de utilizar el recurso familiar para enfrentar el desempleo que, como ya se dijo, se inscribía en una dinámica de desempleo creciente en todos los ámbitos productivos de la ciudad de México.

Durante más de medio siglo en que la refinería 18 de marzo fue productiva,³ se fue creando una intrincada red de familias de trabajadores petroleros que, además, empezaron a crear colonias habitacionales vecinas al lugar de trabajo. De esta manera las relaciones establecidas entre los trabajadores tenían diversos ejes en torno a los cuales se estructuraban: el trabajo, la familia y la vecindad local, elementos que trababan las redes de cada uno de los cónyuges y posibilitaban el establecimiento de roles familiares segregados. Mientras el trabajo en la refinería tenía carácter transitorio,⁴ muchas veces los trabajadores pasaban temporadas de desempleo en las cuales, con frecuencia, se recluían en una de las dos casas paternas en condiciones de subordinación a la familia que las recibía y con la condición de colaborar en el trabajo doméstico (sobre todo las mujeres) y de buscar formas de allegarse ingresos para cooperar en los gastos de la familia que se ampliaba al menos coyunturalmente. Cuando se obtenía la base definitiva en el trabajo, una de los primeros objetivos que se planteaba la familia era la adquisición de una vivienda propia, de ser posible cerca de la refinería y cerca de otros núcleos familiares de parientes. En estas circunstancias, las mujeres, como norma general, dejaban cualquier trabajo productivo durante el periodo de la crianza de los hijos, se relacionaban fundamentalmente con la familia cercana mientras que los hombres mantenían a la familia con sus ingresos petroleros y

³ Dicha refinería fue creada en 1932 por la Compañía El Aguila. En 1938, junto con toda la industria petrolera fue nacionalizada y en 1945 fue ampliada hasta alcanzar tres veces su capacidad inicial. Posteriormente, además del proceso de refinación propiamente dicho, se realizaban en ella otros procesos petroquímicos, funcionaba también un taller de reparación y elaboración de partes de maquinaria para la refinería y otras empresas de Pemex, una planta de tratamiento de aguas residuales y una central de distribución de combustibles. Sólo ésta última se mantuvo funcionando después del cierre.

⁴ La figura del trabajador transitorio en Pemex es una figura muy compleja, ya que no implica, necesariamente, la transitoriedad y puede darse el caso de que haya trabajadores transitorios (es decir, sin plaza definitiva) con una antigüedad de 30 años o más. Sin embargo, todos buscan obtener una plaza ya que hay ciertas prestaciones a las que sólo los trabajadores de base tienen acceso, como el acceso a crédito para comprar una casa.

establecían relaciones de amistad y de trabajo en la refinería misma y en las calles de la colonia. Trabajo, familia y vecindad tejían la urdimbre de la vida cotidiana de este grupo de trabajadores. Los nuevos matrimonios se realizaban generalmente entre miembros de familias petroleras, las amistades, los compadrazgos surgían entre ellos mismos y en torno al trabajo y la vecindad compartida crecieron y se consolidaron estas familias.

Estas décadas que podemos llamar de crecimiento sostenido de las familias petroleras vinieron a cerrar el ciclo del que hablan Adler Lomnitz y Pérez Lizaúr: padres hijos y nietos -la gran familia trigeneracional- interactuaban de manera consistente, sin que fuera la escasez o la subsistencia el hilo conductor de esta interacción. Había -como tendencia- una gran cercanía física entre las diversas residencias, se apoyaban para obtener y mantener el trabajo en Pemex, las mujeres se ayudaban, también, en la crianza de los hijos y si surgían problemas relacionados con el empleo, el ingreso o alguna emergencia económica familiar, se sabía que la familia estaba cerca y que esta cercanía les permitiría salir adelante. Al mismo tiempo, se establecían encuentros rituales (desde la semanal comida familiar hasta fiestas familiares compartidas). Parecía, pues, que estaba probada la fortaleza de esta red familiar que había permitido crecer y consolidarse a dos y a veces tres generaciones obreras en las inmediaciones de la refinería 18 de Marzo.

La crisis del desempleo. Los nuevos recursos.

Cuando una nueva generación se incorporaba a esta dinámica, ocurrió el cierre de la refinería, en el contexto de la nueva política económica y cuando ya sus efectos se dejaban sentir en la vida urbana y productiva de la Ciudad de México. El desempleo era cada vez mayor, no había nuevas oportunidades de trabajo asalariado para los despedidos y las nuevas formas de allegarse ingresos a través de actividades por cuenta propia en el sector informal eran cada vez más

competidas, de manera que para subsistir un núcleo familiar debía lanzar al mercado de trabajo al mayor número de miembros posible y en cualquier actividad que fuese capaz de atraer ingresos a la familia.

Ante la imposibilidad de encontrar otro trabajo asalariado, la primera reacción de los despedidos respondió al patrón cultural que se había consolidado durante medio siglo: las familias se aglutinaron en torno a la desgracia común y trataron de hacerle frente como siempre lo habían hecho: quienes no tenían casa propia buscaron asilo en la casa paterna, que se transformó en una residencia compartida; se empezó a compartir la escasez y a apoyarse unos en otros para luchar por la reinstalación o por una buena liquidación; para buscar empleo o generar alternativas de ingreso; para enfrentar los compromisos económicos que cada familia tenía adquiridos. Pronto, sin embargo, la realidad se impuso: no era un jefe de familia el desempleado, no era una familia la que requería ser acogida y protegida por el resto de los integrantes de la familia ampliada; eran prácticamente todas las familias nucleares las que se encontraban en la misma situación, las posibilidades de reinstalación fueron prácticamente nulas, la liquidación no se hizo en los términos que los trabajadores esperaban y la jubilación no alcanzó a todos los despedidos.

En algunos casos, en términos de residencia, la casa paterna se transformó en el albergue de la familia ampliada: las recámaras eran viviendas unifamiliares y la cocina y los servicios se compartían. Pero -a diferencia de las situaciones en que se establecían las unidades domésticas extensas reseñadas anteriormente- lo que se compartía era sólo el espacio y las instalaciones, no había -por lo general- comida común para todos los moradores de la casa; no se compartían más gastos que los difícilmente indivisibles (la luz, el agua, el gas, por ejemplo); y cada quien se hacía cargo de los compromisos económicos de su propia familia (sólo en emergencias se

colaboraba con dinero -si es que se disponía de él), incluida la alimentación. Además, otra diferencia con lo señalado anteriormente estaba dada en que no había entre los miembros de este grupo, salarios fijos, puesto que -como regla- los desempleados de petróleos no se ubicaron en el mercado formal de trabajo, y sus ingresos eran muy variables. Así, no había salarios que acumular en una bolsa común, como sucedía en Guadalajara en los ochentas (González de la Rocha, 1991). Otra consecuencia de esta inestabilidad en los ingresos percibidos por cada uno de los grupos familiares, fue que se redujo, casi a la inexistencia, la posibilidad de establecer relaciones recíprocas entre ellos, pues nadie tenía la certeza de disponer de recursos (en bienes o servicios) para devolver el apoyo recibido (o , visto desde la otra cara, para recibir una compensación posterior al apoyo prestado).

La prioridad -para estos grupos- estaba dada por la subsistencia, de tal manera que si se pensaba que la casa podía tener usos productivos -como sucedió en muchísimos casos- los espacios domésticos se destinaban a ello, aunque eso implicara la imposibilidad de recibir como huéspedes permanentes a alguna de las familias de desempleados, o incluso la necesidad de pedir a quienes lo habían ocupado, que salieran a buscar otro lugar.

Por otra parte, con esta misma lógica se establecieron las relaciones personales entre los miembros de las diversas familias: unos podían ayudar a otros en labores domésticas, por ejemplo, siempre y cuando esa ayuda no les implicara reducir su tiempo productivo. Y dado que la situación del mercado y la precariedad de los ingresos exigía que el mayor número posible de adultos estuviera en trabajos que generaran dinero, este apoyo del grupo amplio para solucionar los problemas de cada familia se redujo considerablemente.

No está por demás señalar que las reuniones familiares con carácter ritual y festivo prácticamente desaparecieron, puesto que nadie estaba en condiciones de hacer gastos

extraordinarios. Con ello, también se estableció un elemento más de distancia entre los distintos grupos nucleares.

Es decir, los efectos de la crisis del desempleo repercutieron directamente en la organización familiar extensa, contrajeron abruptamente los márgenes de solidaridad entre los afectados y redujeron al mínimo las posibilidades de la familia extensa de ser un factor importante para la recuperación del nivel de vida de sus integrantes.

Así, el desempleo masivo vino a incidir en un elemento que parecía intocable: la solidaridad familiar amplia y trigeneracional. Las familias nucleares se aglutinaron y la colaboración al interior de cada una de ellas se hizo muy intensa a costa de la relación con la familia extensa: las mujeres salieron de sus casas a conseguir trabajo y los hijos empezaron a participar en actividades productivas. Las relaciones con la familia más amplia se debilitaron e incluso se tiñeron de enojos y resentimientos. La familia extensa cedió su lugar a la familia nuclear.

Siete años después. Nuevas relaciones familiares.

De 1991 a la fecha actual ha corrido mucha agua. Tuvo lugar la crisis de 1994/95 (los errores de diciembre) y actualmente afrontamos las repercusiones del descenso de los precios del petróleo y las crisis asiáticas, junto con la crisis financiera nacional que requiere solucionar la deuda enorme de la banca. La economía pues, es muy frágil y el sector trabajador sigue siendo el depositario de esta fragilidad sin muchas más alternativas para subsistir que su creatividad para utilizar los recursos generados por sus propias familias.

La dinámica dictada por las necesidades de subsistencia se centra, pues, en la familia nuclear que adquiere cada vez mayor peso ya que las posibilidades de bienestar están ligadas, dentro de cada núcleo familiar con la relación interna entre productores de ingresos y

consumidores de ingresos. (Cfr. Margulis 1989: 198). Una familia nuclear, con la mayor parte de sus miembros produciendo ingresos puede controlar mejor esta relación que si se mantiene la vieja usanza de la familia ampliada congregada en situación de crisis en la que generalmente la mujer de mayor jerarquía controlaba los ingresos de todos y los redistribuía entre productores y no productores de dichos ingresos.

Volviendo al caso de las familias de los expetroleros, cuando en 1996 hicimos investigación de campo en estas colonias, los efectos del cierre masivo y de los errores de diciembre eran ya evidentes: al interior de la familia nuclear sucedieron varios fenómenos. Vayamos a los más externos: puesto que estamos en una gran crisis de empleo, las posibilidades de obtener ingresos no estaban ligadas a la contratación asalariada ni en la industria ni en el sector servicios y sólo dependían de las actividades por cuenta propia de los desempleados, actividades que en un alto porcentaje se realizaban todas - o en parte- en sus propias casas. Así, había una modificación importante en el uso de los espacios domésticos. La casa empezó a tener más funciones que las de albergar a una familia obrera. Muchas veces se habilitó parte de ella para poner una pequeña tienda de abarrotes, un taller, un pequeño despacho, para ser guardería o lugar en el que daban clases particulares durante algunas horas; la cocina se utilizó para elaborar comida y golosinas para vender; otras veces se requería la utilización de algún lugar como bodega, y de los utensilios domésticos para la producción: la mesa del comedor era mesa de trabajo en donde ya no se podía seguir haciendo tareas, etc. Junto con estos usos múltiples de espacio y utensilios domésticos, se intensificó la presencia del hombre en el hogar, lo que, junto con la reducción de los espacios para los usos a que estaban acostumbrados y su transformación en espacios productivos, alteró los ritmos y modificó las relaciones familiares (Cfr. Mraftab s/f). Las rutinas en torno al trabajo se perdieron y todos los miembros de la familia tuvieron que

reaprender nuevos ritmos; se desorganizaron los tiempos y los espacios de la vida cotidiana. Cuando se prolongaba el desempleo, se provocaban situaciones de irritabilidad, si la mujer y/o los hijos conseguían trabajo el estatus del hombre se mermaba y el respeto se perdía. La casa dejó de ser el dominio de la mujer al ser utilizada por el hombre para sus nuevas ocupaciones.

Por otra parte, como los ingresos obtenidos con las nuevas ocupaciones eran menores e inestables, se requirió la contribución de todos los miembros de la familia para solventar sus gastos. Este fenómeno es muy generalizado y es una de las estrategias que se han diseñado entre las familias sin empleo, para enfrentar esta situación (Cortés, 1995) de tal manera que dada la constante pérdida del poder adquisitivo del salario, se necesitan más ingresos para que el nivel de vida familiar no caiga en la misma proporción que el salario. Esto implicó, como ya se señaló, el que muchos de los hijos dejaran de estudiar, el que la mujer alternara el trabajo doméstico y el productivo, el que los niños en edad escolar tuvieran que colaborar con los padres y hermanos de alguna manera (vendiendo golosinas o antojitos en la puerta de la casa, llevando objetos elaborados en casa a vender en la escuela, en el vecindario, ayudando en ciertas tareas del taller paterno, etc.). Fueron pues, las necesidades básicas las que determinaron las nuevas actividades y las nuevas relaciones dentro de la familia: se incrementaron las responsabilidades de los hijos, sus expectativas a futuro se redujeron al presente inmediato, las mujeres duplicaron sus tareas, los hombres tuvieron que aprender un ritmo nuevo de trabajo en el que no había rutinas, horarios, ingresos fijos y tuvieron que aprender todos a administrar de distinta manera los ingresos obtenidos. Este proceso de aprendizaje de nuevos usos de sus espacios domésticos, de sus tiempos, de nuevas formas de relacionarse entre ellos, de la nueva administración de los recursos escasos, provocó también expresiones de crisis entre los miembros de las familias de desempleados. Como ya dije el hombre perdió estatus, los hijos con frecuencia se rebelaron ante

la necesidad de dejar la escuela y sus expectativas futuras, la supeditación del tiempo libre de todos a las nuevas necesidades generadas en la casa por los nuevos trabajos también provocó enojos, se resistían a poner a la disposición de la familia todo el dinero que ganaban y esto generaba tensión entre las necesidades familiares y los intereses personales, etc. Así que, dado que la familia nuclear se aglutinó en torno a las necesidades de sobrevivencia y compélida por ellas, esta unión forzada no significó mejores relaciones sino, por el contrario, el ajuste de las mismas no siempre devino en mayor bienestar, ni significó siempre mayor cohesión familiar. Fueron más bien, acuerdos de subsistencia. Acuerdos que muchas veces fueron rotos por divorcios o por la salida violenta de los hijos de la casa paterna.

Sin duda, en las nuevas circunstancias, la familia nuclear ha demostrado ser -en palabras de Amalia Signorelli (1983)- la institución socioeconómica y cultural sobre la que la clase trabajadora se ha apoyado para resistir y vencer en su lucha por la sobrevivencia. No hay otra estructura productiva-reproductiva más elástica, dúctil y adaptable que la familia nuclear: ni hay otra que funcione mejor como lugar en el que se integren los ingresos heterogéneos, que coordine mejor los ingresos discontinuos, que compense los ingresos eventuales, o sea, que maximice la utilización de los ingresos. Al mismo tiempo, no hay estructura que incentive en mayor medida la autoexplotación, ni que la legitime con mayor persuasión; no hay estructura que logre de mejor manera utilizar los intersticios y los fragmentos de la fuerza de trabajo, ni que logre de mejor manera comprender y controlar las necesidades del grupo.

Sin embargo, este papel fundamental de la familia nuclear para afrontar la situación de crisis de miles de familias, está funcionando en detrimento de las relaciones de la familia como unidad de parentesco, para transformarla en unidad productiva, por lo que se están presentando dinámicas de descomposición familiar aún en las familias nucleares. Los acuerdos para la

producción y la subsistencia no pueden suplir las relaciones generadas desde los códigos culturales de las relaciones de parentesco: la relación entre cónyuges y entre padres e hijos no es nunca solamente una sociedad para la subsistencia.

La discusión sobre los patrones familiares en México es muy amplia. Desde distintas disciplinas y desde distintas perspectivas se sostiene de igual manera la prevalencia de la familia extensa sobre la nuclear o viceversa, o se acentúan los comportamientos y tradiciones culturales de las relaciones de parentesco sobre las funciones económicas de las unidades domésticas. O viceversa. En lo que habría un cierto acuerdo es en que la presencia de una familia nuclear o extensa son parte de un proceso familiar que a veces congrega y a veces dispersa las unidades nucleares (Robichaux, 1997), en el que intervienen múltiples factores. Lo que aquí quiero acentuar es que, desde mi punto de vista, la fragmentación de las familias extensas primero y posteriormente la crisis de las familias nucleares debidas a la pobreza y el desempleo presentan rasgos nuevos que acentúan la pulverización familiar y no aparecen elementos que indiquen la renovación del proceso, es decir, podríamos estar asistiendo a la modificación de un rasgo cultural muy importante en la formación social mexicana. El problema más serio es que, durante muchos años, sobre la relación familiar se ha sustentado una buena parte de la reproducción social mexicana. Si la pobreza está significando la pérdida de la familia en el sector más lastimado por la inestabilidad económica del país, esto puede significar, a no muy largo plazo, la pérdida de la base de la estabilidad social.

CIESAS, México, agosto de 1998.

Bibliografía

Adler Lomnitz Larissa y Marisol Pérez Lizaur

1993 *Una familia de la élite mexicana. Parentesco, clase y cultura, 1820-1980*, Alianza Editorial, México.

Aragonés, Ana María

1998 “El drama del empleo”, *La jornada*, 14-06-98: 4.

Bazán, Lucía

1996 *Cuando una puerta se cierra abrimos cientos. Estrategias de las familias petroleras frente al cierre de la refinería 18 de Marzo*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

Bazán, Lucía y Margarita Estrada

1997 “Los errores de diciembre y los aciertos familiares. Estrategias frente a la crisis”, en *Espacios familiares: ámbitos de sobrevivencia y solidaridad. Premio 1996 Investigación sobre las familias y los fenómenos sociales emergentes en México*: 163-186, PUEG, CONAPO, DIF, UAM-A, México.

Cortés, Fernando

1995 “El ingreso de los hogares en contextos de crisis, ajuste y estabilización: un análisis de su distribución en México, 1977-1992”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 37: 91-108, México, El Colegio de México.

Esteinou, Rosario

1996 *Familias de sectores medios: perfiles organizativos y socioculturales*, CIESAS, México.

Estrada Iguiniz Margarita

1996 *Después del despido. Desocupación y familia obrera*. CIESAS, México.

González de la Rocha Mercedes

1986 *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS/SPP.

1991 “Family well-being, food consumption, and survival strategies during Mexico’s economic crisis”, en González de la Rocha and Escobar Latapí (ed), *Social responses to Mexico’s economic crisis of the 1980s*: 115-127, San Diego, University of California.

Lewis, Oscar

1969 *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, FCE, México, 6ª ed.

Margulis, Mario

1989 “Reproducción de la Unidad doméstica, fuerza de trabajo y relaciones de producción”, en Orlandina de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (Comps.), *Grupos*

domésticos y reproducción cotidiana:189-215, México, UNAM/ Porrúa y El Colegio de México.

Miraftab, Faranah

s/f *Space, Gender, and Work: Home-based Workers in Guadalajara and Zapotlanejo, México*. University of California, Berkeley. Mecanoescrito.

Signorelli, Amalia

1983 *Chi Può e Chi Aspetta. Giovani e Clientelismo in un'Area Interna del Mezzogiorno*, Liguri editore, Napoli.